

IRENE HALL



NI TODAS LAS MUJERES QUIEREN FLORES

NI TODOS





Ni todas las mujeres quieren flores ni todos los héroes llevan capa

Irene Hall

- © Irene Hall, 2018
- © Editorial Planeta, S. A., 2018 Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.esenciaeditorial.com www.planetadelibros.com
- © Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2018 ISBN: 978-84-08-19318-0 Depósito legal: B-16.288-2018 Composición: Realización Planeta Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Lo que el cine esconde

El hilo musical del centro comercial llegaba hasta el vestíbulo de los multicines. Los jóvenes guardaban cola en las máquinas de retirada de entradas online y los mayores estudiaban la cartelera en silencio y a conciencia. Tras ellos, los más pequeños se sacaban fotos junto a los expositores promocionales de los últimos taquillazos de franquicias americanas y de animación. Las catenarias eran las encargadas de dividir grupos, parejas y solitarios amantes del celuloide, aglutinando un hervidero de opiniones semiexpertas, grandes pretensiones y, cómo no, quejas y llantos previos a sacar la cartera.

Un grupo de madres cargadas de azúcar se dividía entre buscar la sala de su sesión y poner orden entre los niños que chillaban, corrían y desperdigaban palomitas a su alrededor. Dos empleadas escanearon sus entradas sonriendo y maldiciendo entre dientes su descendencia.

En la zona de taquillas, tras un cristal abarrotado con múltiples ofertas y promociones, Maravillas Hidalgo se desabrochaba un agujero del cinturón de su uniforme. Tendría que pedir otra talla. Sentía los glúteos oprimidos, y no en el sentido sexy, sino en el de riesgo de implosión. Metió tripa recibiendo un significativo rugido como protesta. Aquello le recordó que se había saltado su segunda merienda.

Antes de que pudiera ponerle remedio, una pareja de aspecto engañosamente joven se acercó a su ventanilla.

—Dos entradas para Valentín y los planetas.

Maravillas activó el micrófono.

- —¿Valerian y la ciudad de los mil planetas?
- —Ésa.

La joven observó diligente su pantalla.

- -; Para las nueve y media en castellano?
- -No, no, versión original.
- —Muy bien, ¿centradas y al fondo? —preguntó revisando la disposición de los asientos—. ¿O prefieren más cerca de la pantalla?
 - —Al fondo mejor.
 - —Son diecisiete euros, por favor.

En cuanto cobró y guardó el dinero, la compañera a su lado sonrió y le tendió un cuaderno desgastado sin que llegara a pedírselo. Maravillas no se demoró en ponerse a escribir.

- —¿Cuántos llevamos ya?
- -Este verano hemos batido un récord -respondió.

Se refería a los títulos de películas. Aquel cuaderno, ya legendario, contenía los ramalazos creativos más destacables de los espectadores. En opinión de Mara, algunos incluso mejoraban los oficiales.

Un chico asomó la cabeza por la puerta con expresión apurada.

—Mara, si no tenéis mucho lío aquí, ¿me podrías echar una mano en cabina? Es sólo un momento.

—Voy.

La joven siguió a su compañero. Era un jueves cualquiera. En el bar se preparaban perritos calientes y hasta se horneaban pequeñas pizzas individuales. Los espectadores cedían billetes a cambio de menús compuestos por refrescos gigantes, chocolatinas y otros dulces. Como siempre, el olor a palomitas recién recalentadas flotaba por todo el lugar.

Alguien armado con escoba y recogedor se hizo cargo del desaguisado infantil del vestíbulo. En un *walkie* se informaba del atasco de un baño y en otro, del excesivo volumen de la sala ocho. Ya en la escalera, se cruzaron con un compañero ataviado con bufanda, un grifo goteante en la nariz y dos tomates cherry en lugar de córneas. Refunfuñó algo sobre el aire acondicionado.

Cuando llegaron a cabina, espacio que no dejaba de ser una larguísima galería atestada de máquinas y cartelería, a Mara le pinzó la nostalgia en el pecho. Llevaba más de tres años trabajando en los multicines. Había comenzado en taquilla y, como alumna modelo de Comunicación Audiovisual, pidió que le enseñaran el oficio de cabina. La anécdota duró poco y la ilusión, menos todavía.

Los horarios, largos y esclavos, no eran compatibles con sus estudios de guion. Los exámenes y las prácticas requerían de gran dedicación y, por añadidura, la proyección de películas actual nada tenía que ver con la de antaño. Allí arriba era mucho más recomendable un informático que un realizador. Las películas llegaban en un disco duro y, mientras supieras descargarlas y programarlas, todo lo demás iba rodado. Era tan monótono que perdía gran parte del encanto de su reputación.

Así pues, Mara regresó a taquilla y olvidó sus deseos de pringarse los dedos con aceite y manipular bobinas. Aunque no por ello los recién llegados dejaban de acudir en su ayuda cuando algo fallaba.

El otro empleado de cabina saludó nervioso al verla. Según le explicaron, la película en cuestión no arrancaba. Los ojos castaños de Mara, casi siempre perdidos en sus propias ensoñaciones, se estrecharon al dirigirse a la máquina. Comprobó con ademán experto la lámpara, la activación de las claves y cualquier detalle que se le viniera a la mente. Mientras aquellos dos sudaban la gota gorda y discutían sobre qué milonga contarles a los espectadores, ella dedicó un buen rato a cacharrear sin mucho orden ni concierto.

Como último recurso, decidió reiniciar el ordenador. La película empezó a proyectarse. El estruendo de los aplausos de la sala traspasó la pared y un par de corazones al borde del infarto.

- —¿Cómo lo has hecho?
- —Estáis muy verdes todavía —apuntó—. Que uno de los dos me invite a cenar cuando libre y no diré nada.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y se marchó contonean-

do su potente trasero. Con un poco de suerte la cena derivaría en un polvo. Tal vez no fuera reseñable, pero al menos le serviría para recordar en lo que consistía.

Mara echaba de menos el sexo tanto o más que su segunda merienda. Cuando era una adolescente se había imaginado su vida sentimental mucho más interesante de lo que realmente estaba siendo. No le faltaban las anécdotas, pero le sobraban las malas decisiones. Desde que se enamoró locamente años atrás, no había habido nadie capaz de sustituir un sentimiento tan fuerte. Y, con la desaparición de ese amor platónico, los hombres se habían vuelto seres extraños para ella. Sus expectativas en el amor se encontraban más bajas que nunca. Por eso mismo, con pasar un buen rato se sentía satisfecha, aunque no por ello se conformaba.

Atravesó como pudo el pasillo que conducía a las salas. Había varios corrillos de adolescentes a la espera de entrar en ellas. Las diferentes bandas sonoras se mezclaban en el exterior, haciendo que resultara de lo más fácil adivinar qué película echaban en cada una. Sala cinco: terror; sala seis: musical; sala siete: acción; sala ocho... Un chico gritó y se tiró el refresco por encima. Efectivamente, el volumen de la sala ocho estaba demasiado alto.

Mara continuó bajando escaleras. Una compañera aporreaba la puerta de los baños. Cuando sus miradas se cruzaron, simplemente suspiró y se encogió de hombros. Otra pareja demasiado cariñosa. Mara cruzó los dedos para que su momento llegara más pronto que tarde.

—¡Mara!

Una joven alta, de largo pelo negro ondulado y chispeantes ojos azules entraba en el vestíbulo cargada con bolsas de supermercado. Caminaba de un modo sutilmente encorvado, muy estudiado, y sus pasos destacaban ligeros y rítmicos. Al detenerse, Mara sonrió para sus adentros. Su postura recordaba a la de una joven Joan Jett en el transcurso de un directo. La chupa de cuero acentuaba el símil, y el tintineo de sus hebillas metálicas formaba ya parte de su sello personal.

Aquella chica se llamaba Arantxa y era su compañera de piso.

- —¿Qué haces aquí?
- —Vengo de hacer la compra. ¿Son éstas las malditas galletas que estabas buscando?

Mara hizo una mueca. Desde que Arantxa había dejado de fumar arrastraba vestigios de un humor de perros y muy poca paciencia. A pesar de eso, seguía siendo una de las personas a las que más quería.

Arantxa y Mara se conocieron en el campus universitario. Mientras una deseaba escribir y dirigir sus propias obras cinematográficas, la otra soñaba con dar la vuelta al mundo y conocer e inmortalizar otras culturas a través de su cámara de fotos.

Apasionada del complicado arte del retrato desde muy joven, Arantxa sentía debilidad por su cámara. Las paredes de su cuarto estaban llenas de sus trabajos a todo color o en blanco y negro. Sin embargo, ninguno era particularmente exótico, puesto que recaudar los fondos necesarios para su aventura seguía siendo una asignatura pendiente.

Al menos la consolaba trabajar en el gremio. Bueno, más o menos: era empleada veterana de un Fototrix. En concreto, del que había en el mismo centro comercial donde trabajaba Mara.

—Sí que son éstas —constató Mara abriendo el paquete—, ¿quieres probarlas?

Arantxa le indicó con un gesto poco entusiasta que estaba mascando chicle. No era necesario verbalizar que eran sus ya habituales chicles de nicotina.

—Llevas la chapa que no es.

Mara echó un ojo a la chapa identificativa que colgaba de su polo. En él se leía «Maravillosa».

—Serán cabrones —masculló—. Llevo toda la tarde con ella y nadie me ha dicho nada.

Tampoco era la primera vez. Sus compañeros ya estaban acostumbrados, no así los espectadores, que primero abrían unos ojos como platos y después buscaban una cámara oculta. El nuevo ge-

rente había introducido algunos cambios en el negocio, incluyendo los identificadores de cada empleado. Tras el error, a Mara le habían reimpreso el suyo, pero al haber olvidado tirar el antiguo, seguía despistándose.

—Nos ha escrito Eloy, supongo que no lo habrás visto —dedujo Arantxa—. Dice que esta noche vayamos a La Estación, que tiene algo que decirte.

—;A mí?

Eloy era el tercer y penúltimo inquilino del piso que compartían. Cuando Mara trabajaba, él y Arantxa cenaban juntos en casa y más tarde la esperaban en La Estación, su bar preferido. Aquél era el ocio máximo que podía permitirse el trío entre vida estudiantil y laboral. Tampoco se quejaban mucho por ello.

- —Sí, ha escrito algo así como: «Prefiero adelantarme y darte yo la noticia a que te des de bruces con ella».
 - -Suena mal.
 - —Sí —sonrió Arantxa—, por eso voy.

Mara dio un respingo cuando notó un toquecito en el hombro.

—Perdona, ¿podrías ayudarnos?

Una chica hacía malabares con su botellín de agua, sus palomitas y sus entradas mientras le dedicaba una mirada poco amistosa. Tras ella, otras tres chicas compartían su estado de ánimo.

- —¿Qué ocurre?
- —Teníamos entradas para las nueve y media, y resulta que la película ha empezado media hora antes. ¿Por qué no nos han avisado del cambio? Nos hemos perdido todo el principio.
 - —¿Habéis comprado las entradas aquí o por la web?
 - —Por la web.

Mara meneó la cabeza. Aquella situación no le era desconocida.

- —A veces los horarios no están actualizados y luego no concuerdan con la cartelera.
 - —Pero ¿y ahora qué hacemos? —protestó la chica.

Su voz era muy femenina y juvenil, aunque Mara calculó que debía de rondar su edad. Tenía unos grandes ojos claros, nariz respingona y unos pómulos enrojecidos por el mal rato. Mara observó con envidia su bonito cabello rubio y el peinado informal que lo recogía. La última vez que ella se incrustó un boli entre sus rizos castaños, éste fue succionado a cámara rápida para no volver jamás. Su mata de pelo era tan llamativa y salvaje que solía producir cierta fascinación. Algunos preguntaban por el secreto de su apariencia, que no era otro más que lavar, secar y dejarlo libre. Mara había aprendido la lección tiempo atrás, a base de tirones y lagrimones. No existía el peine adecuado para su cabello, ni tampoco podía fiarse de las tijeras.

Se tragó un plañido e indicó al grupo de chicas que la acompañara: —Venid conmigo.

Para su sorpresa, Arantxa olvidó sus compras y se dispuso a cerrar la comitiva. Mara se hizo con un talonario de entradas de su taquilla y rasgó cuatro unidades.

—Entrad a ver la película. Cuando termine, quedaos en la sala para el siguiente pase y veis lo que os habéis perdido. Por las molestias, el cine os regala entradas gratis a todas.

La chica rubia no se lo esperaba. Su sorpresa fue genuina e iluminó su rostro.

—Oh, vaya, qué bien. ¡Muchas gracias!

Una de sus acompañantes se dirigió a ella:

—Elsa, si quieres te cedo la mía y vas con Álvaro.

Un resoplido cambió del todo su expresión.

- —Mira que estás pesada, no voy a volver con tu hermano —replicó—. Lo nuestro se acabó. Punto.
 - —Creo que te estás equivocando.
- —Y yo creo que no terminas de asumir que tu hermano es un caso perdido.

«No me interesa vuestra vida», pensó Mara. Por una vez, se alegró de no haberlo dicho en voz alta. Lo que le extrañó es que Arantxa, que no dejaba de presenciar la escena, no lo hubiera dicho por ella.

- —¿Os doy las entradas o no?
- —Sí, sí, gracias.

La tal Elsa se apoderó del pequeño fajo y se despidió para continuar esquivando las impertinencias de su amiga.

Mara, más interesada en la falta de fuelle de Arantxa, se volvió y se encontró con una sonrisa de lo más bobalicona.

—Oye, que el suelo está recién fregado, deja de babear.

Arantxa tomó aire. Casi no podía despertar de su fantasía momentánea.

-Es una muñeca.

Mara contuvo la risa a duras penas.

—¿Eso piensas?

Ella pareció por fin volver a la realidad e hizo un gesto de obviedad.

- —Yo ya soy patilarga, así que me gustan bajitas y manejables.
- -Muy práctico.
- —¿A que sí? Ah... Pero paso de perder el tiempo con heteros. Dan mucho dolor de cabeza.

Se ajustó el cuello de la chupa y acudió a recoger sus bolsas. Si bien sus gustos eran del todo opuestos, las vidas sentimentales de Mara y Arantxa parecían ser un calco la una de la otra. Más que una exhaustiva búsqueda de lo deseado o una placentera espera de lo inevitable, parecían sendas carreras de obstáculos.

Arantxa dijo adiós a su manera, alzando la barbilla y sin abrir la boca. Mara vio que se le acumulaban los clientes y acudió rápidamente a su puesto. Aún faltaban varias horas hasta que terminara su turno. Deseó que para entonces se redujera considerablemente el número de incidencias. Aunque tal vez aquello era pedir demasiado.